

Naturalmente: bailáis como las propias rosas. Hasta me pareció oírle a un castizo del Cerámico algo así como: «Id con los dioses, pero volved.»

En esto de los retornos iba pensando hoy a la mañana en que tuvo lugar lo más emocionante de todo el periplo. Nuestras chicas cantaron y danzaron ante los mutilados de la guerra helénica contra el comunismo. ¿Os dais cuenta de la conmoción? Pericles, desde la gloria, se habrá conmovido.

Id con los dioses, pero volved. Un viejo proverbio mediterráneo que transmite Lysipo, dice: «Quien no desea ver Atenas es tonto; tonto y medio quien viéndola no la admira; pero quien admirándola la deja, ese es un burro. Camino al pireo, donde dentro de un par de horas en barco con Coros y Danzas rumbo a Constantinopla. Veo una reata de pollinos. ¿Cuál de ellos soy? No, Atenas, yo no digo adiós. Como las estelas del terámico: hasta la vuelta.»

«También con nuestros Coros y Danzas el Atica fué como es: difícil. Así comienzan los grandes amores: resistiendo al ímpetu instantáneo. En el primer momento se produjo una extrañeza mutua. A nuestras chicas les extrañaba esa impassibilidad pentélica. Tras la jira por América, entre ciclones de vítores, los blancos mármóreos aplausos de los atenienses, con su sereno vuelo de palomar pausado, tenían que saberles a poco. Pero América es un continente ardoroso. Allí la sangre corre en bullicio al encuentro, y en ese férvido clima en entusiasmo se adelanta en cuanto la gaita trina o se arranca la jota. Y, en cambio, en Atica pide lejanía, perspectiva, punto de reflexión. Se lo pide así distancia, punto de reflexión. Se lo pide así propia. Se pide segunda vuelta, repaso, des-

confiar del juicio presuroso. Tiempo y espacio tornar a ver.

Ese impulso ibérico tenía que chocarle al pueblo de Sócrates, que era una máquina de pensamientos geométricos, casi una máquina de hacer hielo. ¿Cómo podía no temerle Atenas al ímpetu arrollador de la jota, al brío de nuestras zarabandas, si lleva miles de años temiéndole a la apasionada alteración?»...

«La noche del estreno se notó que gustaron sobre todo las danzas andaluzas, como es lógico, como es universal; casi otro tanto las tarraconenses, porque Tarragona es «Opus scipiónica» y los Scipión fueron los mejores alumnos que Grecia tuvo en Roma y, finalmente, San Sebastián, porque las donostiaras danzan de modo perfecto, gimnásticamente irreprochable. Para las demás regiones hubo menos comprensión.

Luego, por un lado, se perfilaron con la máxima exactitud y el máximo escrúpulo los programas, y por el otro, los atenienses volvieron al espectáculo en días sucesivos, a fin de precisar también y afinar su juicio. El inmenso teatro, siempre henchido, se fué calentando, los aplausos creciendo en intensidad y volumen cada sesión. Y al final, en esta sesión de hoy, lunes, el público mármoreo, el público resistente y difícil se confesó rendido, entusiasmado, enamorado hasta la apoteosis. Venimos a traer lechuzas al Atica, danzas a Terpsícore. Y el Atica las reconoció merecedoras de donas y Terpsícore bellas discípulas de su alta escuela. Musas y furias se abrazaron castamente. La rosa, a quien osa. Muchos laureles han cosechado por esos mundos nuestros Coros y Danzas. Pero ninguno tan valioso como el laurel de Atenas, por tan difícil. Muchas rosas han recogido y recogerán nuestras doncellas.

Pero este «rodón», ¡Ah éste!, nunca declinará hermosuras que iguallen a las de hoy.»